



Bonilla, Walter, *Memoria y exilio en la Era de Trujillo*, Santo Domingo, Ministerio de Cultura de la República Dominicana, 2010.

Carlos D. Altagracia  
UPR, Arecibo

En su libro *Memoria y exilio en la Era de Trujillo*, Walter Bonilla no pretende realizar un estudio histórico similar a los que nos tiene acostumbrados. Aunque no abandona la historia política de la República Dominicana como lugar histórico de sus reflexiones, toma las distancias necesarias, metodológicas y conceptuales, de sus trabajos previos para poder afirmar que este trabajo “no es ni pretende ser” una narración histórica del exilio dominicano durante la Era de Trujillo. Bonilla afirma que su intención es desarrollar un estudio sobre las estrategias utilizadas por un grupo de exiliados dominicanos para organizar y significar sus recuerdos y olvidos por medio de la memoria escrita. A partir de la elaboración de una tipología sobre la memoria que deslinda cuatro modelos, el traumático, el emblemático, el autobiográfico y el testimonial, Bonilla analizará cuatro libros de memorias escritos por antiguos exiliados anti-trujillistas. Estos son: *Del duro exilio*, de César Romero; *Memorias: de la batalla contra la tiranía de Trujillo en la República Dominicana y Haití*, de Ángel Miolán; *Trujillo: pequeño César del Caribe*, De Germán Ornes y *Vivencias*, de Carolina Mainardi. El estudio de cada libro constituye un capítulo del libro de Bonilla.

Por tratarse de un estudio que busca entender las estrategias narrativas que un grupo de autores puso en práctica para escribir sobre su proceso de exilio entiendo que, aunque no están planteadas de forma explícita, las siguientes preguntas atraviesan este trabajo: ¿Qué motiva la escritura de estos autores? ¿Cuándo es que deciden escribir? ¿Para quiénes se escribe, a quiénes están dirigiendo sus voces? ¿Qué tipo de relación



entre un antes y un después de la dictadura, y el exilio, se despliega como organizador temporal de los relatos? ¿De qué manera son plateadas las tensiones entre el país dejado y al que se retorna? ¿Cómo el exilio es representado como espacio político colectivo? Y finalmente, ¿Qué tipo de explicaciones producen los autores analizados sobre el hecho de que sus conspiraciones e intentos de ajusticiar a Trujillo fracasaran? ¿Quiénes son, para ellos, los responsables del fracaso y de qué manera el mismo implicó una reelaboración de la historia en la cual ellos, los exiliados, no ocupan el lugar que entienden le corresponde en la historia de la lucha contra la dictadura?

Precisamente, la escritura de estas memorias está signada por fuertes nociones de pérdida y fractura como condición de la experiencia del exilio. Por tal razón, Bonilla cuestiona el tono de víctima utilizado por la voz narrativa de quienes rememoran. Considero que este es uno, de muchos, de los aciertos de este estudio. En su indagación Bonilla sugiere que cuando este grupo de exiliados toma la decisión de escribir lo hacen porque están reclamando algo. Me refiero a que si escriben es porque no ha sido reconocida su participación y sacrificio en la lucha contra Trujillo. Así, después de la muerte del tirano parece que no operó la transacción simbólica que los autores asumen les correspondía. En ese sentido, los autores estudiados siguen sufriendo y viviendo exiliados, al menos para ellos, de la historia nacional. Entonces, su gesto escritural es, a su vez, un gesto político que pretende conjurar el olvido del que son víctimas aun después de muerto Trujillo.

Walter Bonilla plantea una crítica a la historiografía dominicana sobre la Era de Trujillo para sugerir que los reclamos de los memorialistas no carecen de fundamento. Apunta, que a pesar de que han pasado más de cuatro décadas de la muerte de Trujillo, el eje principal de la obras de análisis histórico siendo la propia figura del “Jefe”. Queda



de esta manera planteado un dominio de la figura de Trujillo de los espacios de saber “debido a las marcas autoritarias que dejó su régimen en la sociedad dominicana”. De manera que en plano de lo simbólico Trujillo implica una marca poderosa en pugna por la hegemonía del imaginario dominicano. Entendido de esta forma la guerra contra Trujillo y los exilios por él provocados no terminó con su muerte. El magnicidio dio paso a otro tipo de manifestación de la guerra, aquella que atañe al plano de las valoraciones simbólicas y las responsabilidades. Esta pugna se hace más compleja en la medida que, particularmente a partir del retorno de Balaguer al poder en 1966, antiguos trujillistas fueron ubicados en distintos puestos del aparato estatal posibilitando el ocultamiento, el control y manipulación de la memoria histórica del país.

Pero no sólo se trató de antiguos trujillistas que encontraron refugio en el Estado durante los doce años (1966-1978) de Balaguer. Resulta, comenta Bonilla, que antiguos anti-trujillistas también se fueron arrimando al poder, subordinándose a las políticas del olvido. Este aspecto parece abonar aun más a la idea de víctima y sufrimiento de los autores analizados en tanto aquellos que han sido seducidos por el poder han perdido la fuerza moral para constituirse en oposición de los trujillistas reivindicados. Por un lado, la impunidad de los que participaron y respaldaron el trujillato y, por otro lado, los antiguos “compañeros de lucha” que transitaron hacia la “traición”. El resultado, para los exiliados, es una historia plagada de olvidos y tergiversaciones de lo ocurrido. Por eso estos autores escriben en tanto asumen que tienen un deber moral para con la patria, para que se sepa la que realmente pasó. De esta manera, la memoria histórica dominicana queda ubicada en un campo maniqueo: una memoria buena contra una memoria mala.



Lo que aqueja a estos autores es el sufrimiento que provoca el exilio, pero es el exilio lo que también provoca el ejercicio de la memoria. En otras palabras, estos autores pueden recordar y participar de la reconstrucción de la memoria nacional dominicana porque sufrieron el exilio por causa de la dictadura o porque el lugar que entienden les corresponde ocupar en la historia como retribución por los sacrificios aportados a la causa anti-trujillista no han sido adjudicados o, peor aun, han sido usurpados otros. Es posible argumentar, siguiendo a Bonilla, que estos ejercicios de memoria articulan una temporalidad histórica en la cual auto-insertarse. De esta forma, el ejercicio que realizan estos exiliados plantea un doble juego político que apunta a la conjura del olvido y, al unísono, a la continuación de una guerra contra el trujillato que es lo que les posibilita su entrada en la historia dominicana pero, diferente a los grandes héroes, antes de morir.

A pesar de lo seductor y emotivo que puede ser desenmascarar el trujillato y “develar” la verdadera historia, sumado a las simpatías que generan las víctimas, Bonilla se pregunta: “¿existe una mala memoria o una memoria inmoral; un exilio bueno o malo, y colaboradores sinceros o hipócritas? ¿Cuáles son los requisitos para tener una buena memoria o una mala memoria? ¿Será posible desdibujar los mitos y las nostalgias de la Era de Trujillo con una memoria buena?” A Bonilla le interesa entender estos ejercicios de memoria, “la buena y la mala”, como ficciones cuyas posibilidades de producción hay que buscarlas en el entorno político, cultural y social del presente. Desde ese espacio conceptual abre la posibilidad de acercarse a las memorias que analiza para entender los imperativos que las motivaron y así evitar idealizar los recuerdos de los que lucharon contra la dictadura.



Finalmente, hay que destacar el esfuerzo que hace Walter Bonilla por insertar su análisis en un cuerpo historiográfico que ha atendido la experiencia del exilio político en otros países de Iberoamérica. Las referencias comparativas a otros contextos y entre los autores estudiados, sin duda enriquecen su estudio provocando que esté atravesado de ricos matices.